

Entre barrotes y libros

Diario de una bibliotecaria en prisión

“Al ver que él sacaba el revólver, yo piqué espuelas. Inmediatamente oí la detonación. Di vuelta el rostro y vi que la bala venía derechita hacia mi cabeza. Cuando me estaba por alcanzar redoblé la velocidad y continué de esta manera, conservando entre la bala y yo la distancia de un metro.

Al fin, aburrido de esa persecución, decidí capturar el proyectil. Para ello, me desvié hacia la izquierda treinta centímetros, aminoré un poquito la marcha y permití que la bala llegara a mi lado. Entonces estiré la mano derecha, la agarré fácilmente y me la guardé en el bolsillo: también esa bala pertenece a mi colección de recuerdos.”

Fernando Sorrentino*

Recuerdo la primera vez que ingresé a la cárcel de Rawson, Instituto de Seguridad y Resocialización N° 6, Servicio Penitenciario Federal. La impresión que me provocó recorrer ese largo pasillo que cruza a noventa grados los alojamientos. Un par de puertas con barrotes se abrían y cerraban cada vez como el sonido de unas agujas de acero. Las palomas revoloteaban en los corredores provenientes de los patios que separan los edificios de alojamientos. Olor a acaroina. Donde terminaba ese camino estaba —reja de por medio— el sector educativo. Al final, la biblioteca.

Se me ocurrió pensar —ponerme en el lugar del otro— que la biblioteca estaba lejos de cualquier pensamiento de un privado de libertad. No únicamente por la distancia, sino por los escollos a sortear. ¿Cómo recorrer esa distancia entre el concepto y el cuerpo reducido a pura fuerza sin consciencia? Solicitar un libro, rogar que se encuentre en la estantería. La trama cotidiana de las astucias y la burocracia del castigo.

Una cárcel de máxima seguridad tiene todos los desplazamientos supervisados y restringidos con acompañamiento de guardias. El sector educativo funciona mañana y tarde. Por la mañana con talleres de reparación de PC, instalaciones eléctricas, teatro y música.

* Sorrentino, Fernando. *Cuentos del mentiroso*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1994.

Por la tarde, brindando los servicios escolares a nivel primario y secundario.

La gente solicita personalmente el libro, sólo mientras concurre a la escuela. La otra forma de conseguirlo es a través del envío de una audiencia para que el material se retire y entregue en su lugar de alojamiento, en el primer piso y planta baja, en cualquiera de los pabellones. Allí se alojan, distribuidas, unas 450 personas, en una cárcel con una capacidad de 500 plazas.

¿Cómo se crea una *comunidad lectora* en la distancia? ¿Cómo se alcanza un ámbito de lectura cuando se vive incómodo, aturdido, maltratado? ¿Cómo motivar, despertar interés en seres humanos que diariamente son sometidos a un aislamiento doble y persistente, el de la celda y el de los 1.600 km que los separan de sus afectos conocidos? ¿Cómo entablar el hilo conductor hacia la biblioteca y sostenerlo cuando nada hace presumir apariencia alguna de éxito? ¿Escuchar? ¿Observar? ¿Actuar? ¿En cuánto tiempo?

Al primer taller de lectura concurrieron también analfabetos. ¿Qué hacer? Durante el recreo salí del aula y concurrí a buscar historietas. Cuando volví con algunos ejemplares, se me acercó uno y me comentó que sabía cuáles son las letras pero que no comprendía.

Sin saber qué tipo de lectores iba a tener, había elegido libros de los más diversos, incluso infantiles. Le pregunté a uno si se animaba a leer un cuento. Me miró aterrado. Eran cinco páginas. Se trataba de “Cuentos del mentiroso” de Fernando Sorrentino. En un capítulo se describe una batalla entre vaqueros e indios que paran las balas con las manos. Carcajadas estentóreas, movimientos con las manos reproduciendo posibles formas; otros se proponían para continuar la lectura, animados por la repercusión. Tocó el timbre. Salieron. Charlaban. Reían. Me preguntaban si íbamos a seguir leyendo en el próximo encuentro. Al final del pasillo, la requisita los esperaba.

Pensaba que era imposible que regresaran, pero volvían, siempre de buen talante, y entre cuento y cuento comenzaron a preguntarme si les podía conseguir jurisprudencia, algún fallo, alguna ley. Dudé al

responder, pero después me dije: “eso también es... ¿Qué es?”. Lectura. Para aprehender la Ley, hay que saber leerla, es decir, interpretarla. Y la biblioteca representa la producción intelectual del hombre en todos sus campos.

Con el transcurrir de los encuentros -el préstamo de libros, la ayuda para los deberes y algunas revistas que recolectaba entre los amigos-, aparecieron los dibujos, algunos escritos, artesanías con papel doblado, con papel maché. Los incipientes lectores confiaban en la bibliotecaria, en los recursos que les acercaba. Esa confianza trajo otros lectores e indujo a otros a *leer por leer*, en la mayoría de los casos.

Comprender al otro toma tiempo, cariño, dedicación, compromiso y paciencia. Y todo esto se logra con tiempo para construir ese vínculo capaz de recorrer el pasillo interminable, que cruce rejas y encuentre al final de él un espacio en donde se pueda armar un proyecto de vida basado en la autodeterminación y en el goce pleno de los derechos. ¿Es posible hacerlo?

Aquí en la U6 iniciamos ese recorrido hace ya unos años y continuamos dando pasos hacia adelante.

Hasta la próxima.

María Cristina Alvite